

**NOTAS SOBRE EL EPÍTETO A PARTIR DEL VALOR EPITÉTICO
DE LOS ADJETIVOS COMPUESTOS
DE LA ÉPICA ARCAICA GRIEGA**

Francisca Plaza Picón
José Juan Batista Rodríguez
Universidad de La Laguna

Abstract

We deal with the epithetic value of homeric compound adjectives. In fact, from a linguistic point of view the epithetic value must be considered as belonging to performance (i.e. the saussurean *parole*), because it does only appear in the development of discours.

En estas notas que ahora presentamos tratamos de desarrollar una idea que nos surgió en el curso de un trabajo sobre los epítetos compuestos homéricos: tanto en la épica griega arcaica como en las modernas lenguas indoeuropeas el valor epítetico de un adjetivo constituye un hecho de *parole*, esto es, ningún adjetivo es por sí mismo epíteto, sino que la calidad de epíteto le viene dada por la realización sintagmática en el devenir del discurso. Habría, pues, que prescindir del término *epíteto* en las clasificaciones gramaticales del adjetivo y reservarlo sólo para su consideración dentro de los tropos de la retórica.

En efecto, como intentaremos mostrar a continuación, basándonos en los adjetivos épicos homéricos usados epítéticamente, no creemos que, desde un punto de vista gramatical, la noción de «epíteto» aplicada al adjetivo resulte productiva, a pesar de que es usual encontrar tal tendencia en muchas clasificaciones de nuestras gramáticas románicas modernas, en las que se alude, entre otras cosas, al orden de colocación de los epítetos, a la diferencia entre adjetivos calificativos y determinativos en relación con

el valor epítetico, etc. Esperemos que esta breve nota, referida a una literatura de concepción muy distinta a la actual, sirva asimismo para aclarar un punto de contacto, a menudo muy conflictivo, entre lingüística y literatura en nuestras lenguas romances: el atinente al problema del adjetivo epíteto.

Cuando se habla del valor literario de un texto épico griego, suele aludirse normalmente a epítetos compuestos. Ya, en la Antigüedad, Aristóteles se había referido al uso de γλῶτται, propio del lenguaje homérico, como medio de diferenciarse del lenguaje corriente¹. Sin embargo, el Estagirita advierte que tanto los compuestos como los epítetos pueden ser también causa de frialdad de estilo si no se emplean adecuadamente². Vemos, pues, unidos desde muy pronto ambos conceptos, a pesar de que Aristóteles no los identifica, entendiéndolo por epíteto toda expresión conllevadora de cualidades buenas o malas, trátese de compuestos, sintagmas o palabras simples³.

Posteriormente, el término *epíteto* fue objeto de dos interpretaciones distintas, según se lo considerara desde la gramática o desde la retórica⁴. La interpretación del epíteto dentro del campo de la retórica parte de la definición de Aristóteles, situándolo Quintiliano entre los tropos, muy ligado a la *antonomasia*, y asignándole, como función principal, la de contribuir al *ornatus*. En la Edad Media se lo relacionó con la teoría ciceroniana de los atributos y algunos tratadistas de poética apuntan ya a su categoría adjetiva, hecho ya general en el Renacimiento, donde ambos conceptos llegan a identificarse, diferenciándose los *de nature* y los *de circumstance*, también llamados los primeros *proprios* o *constantia*⁵. A esta identificación contribuyeron asimismo los numerosos epitetarios y el mismo *Dictionnaire de l'Académie Française*, donde se define al epíteto como un adjetivo. En las especulaciones estilísticas modernas se ha llegado, por último, a la subclasificación del epíteto dentro de los adjetivos atributivos que no suponen una determinación necesaria del sustantivo al que califican⁶. Por otra parte, desde el campo de la gramática, se observa mayor claridad con respecto a la definición del epíteto, con una tradición que remonta hasta Dionisio de Tracia⁷; los romanos lo traducen por *adiectivum*, haciendo hincapié en su carácter de *mediae significationis*, que también recoge el Brocense. Dentro del adjetivo se incluye en los atributivos (adjuntos, según algunos, y en función epíteto, según otros), aludiéndose frecuentemente a la cuestión de su colocación de los epítetos con respecto a los sustantivos que califican⁸. De esta manera, G. Sobejano, en su magistral estudio sobre el epíteto en la lírica española, comienza por describir al adjetivo, desde la morfología, la sintaxis, la semántica y la estilística, como medio para poder centrarse en los epítetos, concluyendo que epíteto es todo adjetivo, morfológicamente tal, que acompaña mediata o inmediatamente a un sustantivo, sin interme-

dio de cópula, para expresar una cualidad propia o accidental del mismo, sin necesidad lógica de expresarla, suponiendo, además, un *plus* expresivo que caracteriza a un autor y a una época⁹.

Ahora bien, desde una perspectiva puramente lingüística, el epíteto o, mejor dicho, el carácter epítetico de un adjetivo es un hecho de *parole*, de manera que la oposición 'epíteto/determinativo' :: 'explicativo/especificativo' alude no a un valor de *langue*, sino a una realización sintagmática — y, por tanto, en la *parole*— de su forma de contenido¹⁰. Por este motivo la adecuación epítetica de un adjetivo a un sustantivo es, a menudo, producto de nuestra experiencia y se halla basada en factores extralingüísticos; de ahí, la gran abundancia de epítetos relacionados con los sentidos corporales, acompañando casi siempre a sustantivos concretos, nombres comunes, naturalmente, de los que depende, en cada caso, el carácter epítetico del adjetivo¹¹. En este sentido, debería dejarse el término *epíteto* para referirse a una determinada figura retórica, sin relacionarlo con la gramática, donde el carácter epítetico de un adjetivo, indeterminable *a priori*, no interesa mayormente.

El trabajo más famoso sobre los epítetos épicos griegos, es sin duda, la Tesis Doctoral de M. Parry¹², donde, continuando las ideas sobre la influencia del metro en el lenguaje homérico, se establece una distinción primera entre *lenguaje* y *dicción*, siendo las características de esta última la *extensión* y la *simplicidad*, ambas usadas como soportes de una compleja técnica formular con la que expresan ideas apropiadas a la épica y atenúan las dificultades de versificación. Así, estudia las fórmulas homéricas constituidas por un nombre y un epíteto, entendiendo por este último desde un adjetivo simple hasta una expresión¹³ y distinguiendo dos tipos: ornamental o genérico y particularizado o específico, de los que el primer tipo es más abundante y enteramente debido a necesidades de versificación¹⁴. Una segunda distinción, no tan perfilada como la primera, establece Parry entre epítetos tradicionales y genéricos y particularizados o distintivos, pero, en Homero, resulta difícil afirmar que sus epítetos cumplan una mera función caracterizadora; sin embargo, Parry ofrece como características del epíteto fijo el usarse de acuerdo a su valor métrico, no a su significación; el ser siempre tradicionales y ornamentales; y, a menudo, el ser genéricos.

Frente a los estudios de Parry sobre las fórmulas de «nombre + epíteto», en los años sesenta surgen los trabajos de Hoekstra y Hainsworth¹⁶, que se acercan a las fórmulas homéricas con un criterio más flexible, ampliándolas y haciéndolas sobrepasar los límites en que se hallaban, y oponen sistema formular y realización de dicho sistema¹⁷. Hoekstra, a partir de estas premisas, realiza algunas precisiones sobre el concepto parriano de epíteto, reconduciendo las ideas sobre el valor no significativo a su

debido cauce, ante el peligro del excesivo mecanicismo que suponía la tesis de un uso puramente métrico del epíteto. Excesos denunciados, por otra parte, por estudiosos como Defradas o Whallon, que defienden la adecuación de los epítetos a los sustantivos que se predicán y al contexto¹⁸. Sin embargo, juzgamos más acertados a los estudiosos que, como Chantraine, se sitúan entre ambas posturas extremas, estimando que probablemente los epítetos posean una notable antigüedad, que explica tanto su adaptación al metro como su adecuación al contexto —al menos, en principio—, aunque quizá los mismos aedos no hayan entendido bien, en algunos casos, su verdadera significación primitiva.

Por nuestra parte, creemos que no se pueden aplicar a la épica griega los criterios que rigen la consideración de epítetos en la literatura actual, ya que, dado el carácter oral de la literatura épica arcaica griega, la mayoría de sus epítetos vienen determinados por la frecuencia de su uso con determinados sustantivos, frecuencia gobernada, en gran parte, por la dicción formular, estrechamente ligada a la métrica, que impide la comprobación de su adecuación o inadecuación a la realidad. Poco importa, aunque restos arqueológicos e indicios religiosos lo corroboren, que Atenea se concibiera «con ojos de lechuza» y Hera «con ojos de vaca», tampoco podríamos afirmar con toda seguridad que Aquiles fuera «de pies ligeros», aunque diera tres vueltas en torno a Ilión y alcanzara a Héctor, sin embargo, nadie negará el carácter epitético de tales adjetivos compuestos. Pero, en verdad, el carácter epitético de un adjetivo debería estar reñido, siguiendo las teorías nombradas anteriormente, con la condición de compuesto, ya que aquél sólo aparece con nitidez en el caso de los adjetivos simples o no relacionales; no obstante, debido al carácter tradicional de la épica arcaica, esto no ofrece mayores complicaciones al aplicarse a la épica griega, donde tan típicos o más son los epítetos compuestos como los simples, aparte de que, si reservamos el término epíteto para la retórica, tal tropo podría ser realizado por otra categoría verbal como el sustantivo o, incluso, por sintagmas, algunos de ellos muy frecuentes.

En síntesis, puede afirmarse que la mayoría de los adjetivos compuestos de la épica griega arcaica, que, a su vez son la gran mayoría de los compuestos arcaicos, se comportan como epítetos, predicando de entes de todo tipo cualidades o propiedades características, con el fin de ayudar tanto a la descripción literaria como a la versificación, apoyada en la dicción formular, que de tantos epítetos compuestos provee, algunos de ellos con un significado que ya habían olvidado los antiguos aedos y rapsodos.

Y, por otra parte, con respecto a las modernas literaturas románicas, donde ya se puede hablar —al contrario de lo que sucede en la épica griega arcaica— propiamente de «literatura», hemos de llegar a la misma conclusión: el valor epitético de los adjetivos empleados epitéticamente es tam-

bién un hecho de *parole* y su estudio conviene a las figuras de contenido de la Retórica y no a la Gramática, a pesar de que, en esta última, puedan revelarse útiles para estudiar, por ejemplo, la forma de contenido de un sustantivo determinado.

Notas

1. Cf. A. Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, Klincksieck, Paris 1975⁸, pp. 157 y ss. Asimismo, Aristóteles, *Poet.* 1457-1458 y *Ret.* 1404 b.
2. Cf. Aristóteles, *Ret.* 1404, donde leemos: "τούτων γλώτταις μὲν καὶ διπλοῖς ὀνόμασι καὶ πεποιημένοις ὀλιγάκις, καὶ ὀλιγαχοῦ χρηστέον". Y más adelante: "Τὰ δὲ ψυχρὰ ἐν τέτταρσι γίγνεται κατὰ τὴν λέξιν· ἐν τε τοῖς διπλοῖς ὀνόμασιν, οἷον Λυκόφρων τὸν πολυπρόσωπον οὐρανὸν τῆς μεγαλοκορύφου γῆς καὶ ἄκτῆν δὲ στενοπόρον...", citando ejemplos de Gorgias y Alcídamente, que, de alguna manera "explica", y concluye que "πάντα ταῦτα γὰρ ποιητικά διὰ τὴν διπλωσιν φαίνεται". Por otra parte, la tercera causa de la frialdad de estilo puede provenir del uso inadecuado de epítetos: "τρίτον δ' ἐν τοῖς ἐπιθέτοις τὸ ἢ μακροῖς ἢ ἀκαίροις ἢ πυκνοῖς χρῆσθαι· ἐν μὲν ποιήσει πρέπει γάλα λευκὸν εἰπεῖν, ἐν δὲ λόγῳ τὰ μὲν ἀπρεπέστερα, τὰ δὲ, ἂν ἢ κατακορῆ, ἐξελέγχει καὶ ποιεῖ φανερόν ὅτι ποιήσις ἐστίν, ἐπεὶ δεῖ γε χρῆσθαι αὐτοῖς. Citando expresamente un ejemplo de Alcídamente, que condena por exagerado, dice lo siguiente: ||καὶ ἀντίμῳ τὴν τῆς ψυχῆς ἐπιθυμίαν (τοῦτο δ' ἅμα καὶ διπλοῦν καὶ ἐπιθετον, ὥστε κοίημα γίγνεται)...|| y, sorprendentemente, acto seguido, continúa hablando de los compuestos, no de los epítetos, concluyendo (cf. *o.c.* 1406 b): "Διὸ ποιητικῶς λέγοντες τῇ ἀπρεπείᾳ τὸ γελοῖον καὶ τὸ ψυχρὸν ἐμποιοῦσι, καὶ τὸ ἀσαφὲς διὰ τὴν ἀδολεσχίαν· ὅταν γὰρ γινώσκοντι ἐπεμβάλλῃ, διαλύει τὸ σαφὲς τῷ ἐπισκοτεῖν· οἱ δ' ἄνθρωποι τοῖς διπλοῖς χρῶνται, ὅταν ἀνώνυμον ἢ καὶ ὁ λόγος εὐσύνθετος, οἷον τὸ χρονοτριβεῖν· ἀλλ' ἂν πολὺ, πάντως ποιητικόν", precisando que los poetas ditiámbicos son los más propensos al uso de compuestos y los épicos al empleo de palabras inusitadas.
3. Así, citando dos ejemplos de epíteto, leemos ὁ πατὴρ ἀμύντων al lado de ὁ μητροφόντης, ambos convenientes a Orestes.
4. Cf. G. Sobejano, *El epíteto en la lírica española*, Madrid 1970², pp. 11-72, donde se ofrece una historia de estas interpretaciones. También P. Vivante, *The epithets in Homer*, New Haven and London 1982, pp. 151-191, con reflexiones históricas y estéticas.
5. Destacan en esta labor, entre otros, Matthieu de Vendôme, Geoffroi de Vinsauf y Jean de Garlande. El último, sobre todo, define al epíteto de manera muy "moderna": "es un tropo que le adjudica a un sustantivo una cualidad intrínseca, connatural, mediante un adjetivo". Por otra parte resulta bien conocido el precepto renacentista de emplear epítetos significativos, o sea, de *circonstance* y la condena de Escalígero ("Achilles, vel dormiens, πόδας ὠκύς").
6. Durante los siglos XVII-XIX, podemos decir que se fraguó esta nueva interpretación, como se observa en Littré que identifica adjetivo y epíteto, con la única precisión del carácter no necesario, típico de este último).
7. En efecto, al menos tres criterios principales parecen guiar todas las especulaciones: a) el que el epíteto es una clase especial del nombre, referente a la cualidad y que se identifica con el adjetivo; b) se trata de un adjetivo ligado a un sustantivo sin la intervención de ver-

- bo copulativo alguno; c) por último, representa algo más restringido que el adjetivo atributivo. De hecho, Dionisio de Tracia lo concibe como un nombre unido determinante-mente a otro nombre para manifestar alabanza o vituperio respecto de éste, distinguiéndolo de los predicados nominales con cópula de por medio.
8. Cf. por ejemplo, R. Lapesa, "La colocación del adjetivo atributivo en español", pp. 329-345, donde leemos: "a primera vista la colocación del adjetivo calificativo atributivo en nuestro idioma parecería responder a una complicada casuística (...) Sin embargo, responde básicamente a dos oposiciones que forman parte del sistema lingüístico español: una de ellas enfrenta las funciones especificativa y explicativa, haciendo que la primera esté representada por un adjetivo pospuesto al nombre, mientras que el representante de la segunda tiene mayor libertad. La otra es una oposición de relevancia expresiva, cuyo término marcado corresponde al adjetivo antepuesto y el no-marcado al pospuesto. La índole semántica de cada adjetivo facilita o dificulta el ejercicio de cada función, y es factor importante para que pueda entrar en juego la expresividad. (...) Actúan además factores contextuales importantes..." (cf. *loc. cit.* p. 345). Pero es que, al tratarse de un hecho de *parole*, como implícitamente reconoce, al final, el propio Lapesa, esto no es formalizable. Familiarizados con las ideas de Lapesa, se hallan aquellos semantistas, especialmente en cierta línea estructural, que opinan que un adjetivo puede cambiar de significado según vaya antepuesto o pospuesto, lo cual, evidentemente, podrá crear dos variantes lingüísticas, pero nunca dos invariantes.
 9. Cf. *a.c.*, donde, con respecto a los epítetos clásicos, nos dice que muestran "la unión vivida y expresada del personaje con su cualidad más sobresaliente", la cual, según Spitzer, tiene su origen en un deseo de distinción. En este sentido, el epíteto personalizado que estudia Sobejano dista mucho del epíteto como elemento al servicio de la dicción formular.
 10. En efecto, *blanco* por sí solo no es ni deja de ser epíteto: empieza a serlo cuando lo aplicamos a sustantivos como *nieve* y concluye no siéndolo cuando se predica de entes como los *árboles* o el *mar*, por más que, en algún momento, puedan ser estimados como "de circunstance", esto es, meros calificativos.
 11. De un cotejo sobre la mayor o menor adecuación de los adjetivos con ciertos sustantivos del tipo de 'concretos', 'discontinuos', etc., se deduce —como era de esperar— que los adjetivos adquieren más fácilmente un valor epítetico con sustantivos comunes, concretos, etc.
 12. Cf. su conocido *L'épithète traditionnelle dans Homère*, que constituyó su Tesis Doctoral y se leyó en París en 1928, según se ha mencionado *supra*. Para el profesor americano, constituían la dicción los "elementos del lenguaje como medio por los que un autor expresa su pensamiento". En cuanto a la cuestión de lo propiamente homérico y lo tradicional, Parry piensa que tal problema pasa por la previa comprensión de que la dicción homérica se debe enteramente a la influencia del metro.
 13. Considera, pues, epítetos a adjetivos simples, como *δῖος*, compuestos, como *λευκώλενος*, sintagmas, como *εὐρὸ κρείων*, combinaciones más amplias, del tipo de *πολύτλας δῖος*, etc.
 14. Estos epítetos, a los que, en ocasiones, da también el nombre de *fijos*, no son juzgados por Parry como pertenecientes al sentimiento poético de Homero, sino al hábito impuesto por la dicción formular, debido a su alta conveniencia métrica, hecho señalado desde Düntzer.
 15. En efecto, una poesía que no cumpliera la primera condición, no podría cumplir la siguiente, etc. El único problema que, según algunos, presenta la tesis de Parry, sentadas estas bases, sería la existencia de fórmulas métricas equivalentes; sin embargo, Parry, estudiando las fórmulas equivalentes de *nombre + epíteto*, concluyó que esto se debía a la influencia de la analogía.
 16. Cf. principalmente, J.B. Hainsworth, *The Flexibility of Homeric Formula*, O.U.P., Oxford

1968, donde se opone a la concepción de que la dicción homérica se organiza en *fórmulas-sistema* de posición fija y usadas según ciertos esquemas.

17. Hainsworth demuestra, en su libro, que el poeta puede abandonar la fórmula normal y moverla o modificarla, total o parcialmente. De hecho, su estudio va recorriendo sucesivamente la movilidad, la modificación, la expansión y la separación de las fórmulas, referidas a un tipo definido: "nombre + epíteto atributivo".
18. Cf. J. Defradas, "Epithètes homériques à valeur religieuse", *RPh* 29, 1955, pp. 206-212. De los numerosos trabajos de W. Whallon nos limitaremos a señalar su *Formula, Character and Context*, Cambridge (Massachussets) 1969.